

La Poesía Española Contemporánea

Por el Padre Carlos E. Mesa, C.M.F.

1º - Signos de la moderna poesía española

Uno de los signos literarios más cautivadores en la España contemporánea es el de la exuberancia y calidad de su poesía.

Toda España florece hoy en una primavera de inspiración. Hay poetas solitarios y poetas en cenáculo; los que se agrupan en torno a efímeras o perdurables revistas; los que recitan en cafés y tertulias y los que concurren a innumerables certámenes en donde compiten los ungidos por una fama añosa y los alumnos primerizos de las musas.

Sería empeño desmesurado el pretender ofrecer aquí una visión panorámica de la poesía española contemporánea. Es preferible, por más sencillo y auténtico, discurrir sobre poetas que uno ha conocido y tratado, que uno quiere como a hombres buenos y admira como a poetas egregios.

Se ha dicho que el hacer balance crítico es uno de los géneros literarios peculiares de nuestra época y hasta un síntoma de la cultura de hoy, en que, antes que crear o profundizar por cuenta propia, se prefiere hacer inventario o esquema de lo que otros han pensado o escrito.

O mucho me equivoco, o las reseñas literarias de periódicos y revistas deberían tener por tarea muy suya, y muy de agradecer, el darnos, con mayor o menor profundidad, un compendio de los llamados "Signos". Signos que es dable sorprender agazapados o entre los hechos o entre los libros: es decir, en la vida o en su reflejo cultural.

La tarea en sí resulta difícil, en parte por sobreabundancia de producciones; en parte por la ambigüedad que acompaña a las épocas de gestación literaria. Da la impresión de que el quehacer literario del mundo de hoy se teje y desteje a ojos vistas con mayor celeridad que la vida misma. Charles du Bos ha llegado a decir que la vida debe más a la literatura que la literatura a la vida; en lo cual podría señalarse, quizás, la falta de autenticidad y de vivencia que se advierte en no escasos escritos. También es verdad que ese intercambio entre vida y literatura quizás no sea signo exclusivo de nuestros días. En la España de Lope de Vega, anota finamente Karl Vossler en uno de

sus estudios sobre la cultura española, “se literalizaba la vida y se vivía la literatura. Si no, cómo hubieran podido surgir **Don Quijote** y la **Dorotca**? Entas dos obras son un espacio poético que se superpone a la vida de un hombre, que se introduce en ella, que la colorea, la eleva, la adorna, la hermosea, la embriaga y también la falsea, hasta que, ante la muerte y la eternidad, se desploma todo su esplendor”.

En todo caso, uno prefiere mil veces lo que, antes que inspirarse en los libros, ha bebido en los manantiales de la vida, brota del corazón humano o trae jirones y palpitaciones de realidad...

Para juzgar de libros y de autores, para ejercer, aunque sea en tono menor, como ahora nos proponemos, el sagrado oficio de la crítica literaria, será bueno situarnos en cada obra: la calidad de hombre que revela, el mundo que contiene, lo real que traspira. “La crítica —ha escrito G. Venaissin— no debe aspirar a otra cosa que a confrontar el mundo escrito por la vida con el mundo vivido en la escritura” (Cfr. *Vanités et humilités de la critique litteraire*, en *La vie intellectuelle*, abril, 1952).

En la poesía española contemporánea podríamos distinguir bien cuatro generaciones vivas.

La más antigua de ellas floreció en torno a la denominada generación del 98. Sus epígonos fueron: Juan Ramón Jiménez, cuyo magisterio e influjo se siente en no pocos de los afiliados a las promociones posteriores. El, en su lírica, ha recorrido un largo y maravilloso proceso de interiorización y ha puesto a flotar un cosmos de poesía delicadísima; Manuel Machado y su hermano Antonio, una de las voces poéticas más limpias, intensas y entrañables de toda la poesía castellana; Enrique de Mesa, cantor de las sierras y rincones montañoses de Guadarrama, y Unamuno, que en el menester de la palabra ligada, como en todos sus demás pasos, sigue su camino aparte, con sus versos broncos y adustos, encubridores de una ulcerada angustia y de una permanente obsesión española y religiosa.

La segunda generación es la que llegó hacia 1920 con la obra de Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, García Lorca, Dámaso Alonso y Gerardo Diego.

La poesía pura y el surrealismo tuvieron en este grupo unos servidores inspirados. Guillén pasa como el más genuino representante español de la poesía pura. El propugnó la depuración de la poesía, y emprendió por su cuenta una exquisita selección de los elementos poéticos hasta crear un orbe lírico de los más ricos hallazgos, de las más sutiles percepciones. El busca lo inefable poético a través de la eliminación de toda impresión personal. “Cabe —declara— la fabricación, la creación de un poema compuesto únicamente de elementos poéticos, en todo el rigor del análisis: “poesía poética, poesía pura”. Pero muy bien advierte Sáinz de Robles: “Seguramente es Guillén el poeta que ha conseguido llevar la poesía a sus límites últimos y estrictos de forma y expresión. Pero en estos extremos la poesía se le ha cuajado en una rigidez incapaz de blandeamiento”.

Fue también éste el grupo del surrealismo. El cual, nos dice el mencionado Sáinz de Robles, es la evasión al mundo inconsciente;

la vida intensa en la zona más confusa, y por ende, más atractiva de nuestro espíritu: el dejarse llevar sin resistencia por el yo psicológico. El surrealista cuenta sus sueños y sus ensueños más desorbitados en las palabras más ilógicas en apariencia y nos invita a una orgía de sentimientos y de ideas incontroladas... España, nos advierte Leopoldo Rodríguez Alcalde en su reciente libro **Vida y sentido de la poesía actual** (Madrid, 1956), no fue nunca fiel a un estrecho concepto de la escritura automática, pues incluso Vicente Aleixandre ha dicho categóricamente: "No he creído nunca en lo estrictamente onírico, en la escritura automática, en la abolición de la conciencia creadora. La fuerza primera y urgente ha de quedar siempre bajo el ojo vigilante de la conciencia artística"...

A este grupo generacional pertenecen figuras tan interesantes como Miguel Hernández, en cuya actual nombradía tienen igual parte su calidad poética de primera fuerza y su muerte sensible y deplorable, Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre. Dámaso Alonso, en entrevista concedida a **La Tribuna**, de Lima, en 1948, decía: "Es estéril y egoísta el seguir escribiendo una lírica que solo pueden descifrar unos cuantos privilegiados, mientras que millones y millones de hombres se quedan excluidos de esta amplificación del espíritu, que es la poesía. Hay que atraerlos, moverlos, hablarles al alma. Yo he querido hacer eso con mis obras escritas después de la guerra. Mis libros "**Hijos de la ira**", en verso libre, y "**Oscuro Noche**", en verso tradicional, persiguieron ese propósito..."

Aleixandre se ha constituido hoy en una de las altas claves y consignas de la poesía hispanoamericana. Ahora padecemos enjambres de alexandrinos como los hubo de rubenianos. Y quizás lo peor de toda la obra de este innegable maestro sea la escuela de imitadores que se congrega bajo su nombre y su influjo. En toda su vasta poemática los críticos desapasionados encuentran fríos y enrevesados intelectualismos, raídas abstracciones, mínima frescura de vida espontánea, prosaicas explicaciones, tendencias descriptivas y enumerativas y una gran capacidad para trabajar en frío sobre temas que a él no le duelen cordial y profundamente. En su haber positivo y para su gloria apuntan el florecimiento de la palabra estremecida, el relampagueo del hallazgo, la preciosidad verbal del virtuoso, la grandeza creadora, la novedad de la técnica y su retórica de superior calidad.

Carlos Bousoño ha dedicado un libro entero a la estilística de Aleixandre y Pedro Caba, en la extinguida revista **Ateneo** de Madrid, (1954) lo aminora francamente, pero reconoce en "**Historia del Corazón**" la obra del más grande de los líricos españoles de hoy.

Después de la guerra de 1936 surge una nueva generación que no significa, esencialmente en poesía, un rompimiento con la anterior. Se diferencia, sí, por unas cuantas características: mayor tendencia a la estructura y al contenido lógico, a la condensación del pensamiento. Se sigue cultivando el verso libre, pero a su lado, el tradicional. Y muestra mayor interés por los temas humanos. En este sentido prosigue la línea de Antonio Machado y de Unamuno. Y su mensaje podría cifrarse en la recbusca de las esencias de España, tras el desgarramiento de su alma: los sentimientos religiosos y patrióticos. Los temas se tratan sin

sujeción a ningún grupo político determinado. Los poetas se expresan con entera libertad, según lo reconoce Dámaso Alonso, en la entrevista citada. Panero, Vivanco, Ridruejo y tras ellos Valverde, Bousoño y una legión han cantado a su fe y a su patria con palabras estremecidas y perennes.

El mismo sentimiento, la misma pasión que animó a los pro-sistas inmortales del 98 en la búsqueda de España son los que han inflamado a la última generación de poetas españoles. En esa pasión ardieron Ortega, D'Ors, y José Antonio que llevó a la política tanta rosa, tanta flecha, y tanto azul y amanecer de poesía...

La poesía española —y de seguro toda la europea después de la segunda guerra mundial— quedó avasallada por una angustia que se traduce en palabras claras y directas. Se ha dejado atrás el jugueteo conceptual y el cultivo de lo raro para encaminarse certeramente al corazón del hombre. Quien compare en Inglaterra las obras escritas por Elliot antes y después de la guerra, se podrá dar cuenta de que en la poesía inglesa se ha pasado de la pirueta a la honda preocupación por los temas humanos. En ese aspecto España se había adelantado. No es la primera vez en la historia de letras y en otras historias...

Como cuarta generación podríamos señalar la que a partir de 1946 se agrupa en torno a innumerables cenáculos y en torno a una copiosa floración de revistas de poesía. Porque es notorio que algunos de los últimos galardonados por el premio *Adonais*, valga el ejemplo, poetas como Francisco Garfías y Manuel Alcántara forman ya una promoción nueva, con matices peculiares en su poesía, obedientes a una circunstancia social y espiritual bastante alejada de las circunstancias y la tónica del 36 o de los primeros años que siguieron al fin de la guerra civil española.

2º - Características de la actual poesía española

No presumo, en este aparte, agotar el tema o establecer una irreprochable clasificación. Afloran demasiadas inquietudes y los caminos se desflecan hacia todas las lejanías del horizonte.

Sáinz de Robles en su magnífica "**Historia y Antología de la Poesía Española**", prefiere calificar el último período como época de los "**ismos**", subversiones, reacciones, retornos...

Subversiones: superrealismo, intimismo, intelectualismo, existencialismo.

Reacciones ante la subversión: neopopularismo, estrofismo.

Retorno a la tradición: neolopismo, neogongorismo, neogarcilasismo, neoconceptismo...

"La poesía de los últimos años se ha escrito en España —anota Pemán— sobre falsillas de evocaciones clásicas... Gil Vicente, Góngora, Garcilaso...". El esquema precedente es bastante esclarecedor.

Pero vamos a suponer que un poeta colombiano, totalmente desconocedor de estas clasificaciones y de esta reciente peripecia literaria, llega a España, establece contacto con los poetas jóvenes, se suscribe a algunas revistas y se zambulle deliciosamente en la lectura de las últimas quinientas páginas de una Antología como la citada de Sáinz de

Robles, y luego trata de precisar y ordenar sus íntimas reacciones y los resultados de esta su inmersión en la realidad de la poesía española contemporánea. Las notas peculiares que fácilmente podría sorprender, tal vez fueran las siguientes:

Desde un punto de vista extrínseco: abundancia de producción poética, la polimetría, el formalismo y la publicidad.

Adentrándose en el meollo de la realidad poética: los magisterios o influjos, el temario y el sentido de esta poesía: lo social, lo angustiado, lo religioso.

Sobre la abundancia de producción poética dice Rodríguez Alcalde en su libro ya citado: "El número de poetas es enorme, y cada provincia de España cuenta con un grupo nutrido, aunado generalmente en torno a una revista heroica, ilusionada y casi siempre efímera. Ciertamente que pocos vates jóvenes pueden hombrarse con los grandes nombres de la generación anterior, que continúa señoreando este período de nuestra poesía, pero no hay que olvidar que casi todos los poetas más relevantes del momento encuéntrase todavía en plena juventud y que pueden reservar las más fabulosas sorpresas. Esta primera línea de poetas —comprendida casi en su totalidad en la discutidísima **Antología consultada** y en el más reciente florilegio **Veinte poetas**, reunido por Rafael Millán— ofrece, junto a espléndidas calidades reales de poetas, una singular y riquísima variedad de inspiraciones" (Op. cit. pág. 247).

Polimetría quiero denominar aquí la libertad y holgura de metros, desde la melodía ondulante de Vicente Aleixandre, pasando por la medida arquitectura de los garcilasistas hasta las innovaciones o conatos latinizantes de Bartolomé Mostaza. Aleixandre es el maestro del verso derramado y giróvago. El lector vulgar de sus poemas podrá conceptuarlo como un anárquico de la metrificación. Sin embargo, Carlos Bousoño, sutil investigador de la estilística española, del verso y de la prosa, ha dedicado un libro a las peculiaridades de la poética de Aleixandre y ha probado, dice bellamente Pemán, que su libertad, como la de algunas Constituciones, está tremendamente vigilada y legislada.

"En esta métrica de hoy, tan gaseosa, tan indefinida y por el momento —al menos así cree uno— tan indefinible, nos advierte el mismo Pemán que falta hoy incluso la raya fronteriza que nos diga dónde acaba la poesía y dónde empieza. Si recibiéramos una felicitación de pascuas de nuestro cartero, escrita al modo que están escritos los **"Hijos de la ira"** de Dámaso Alonso o las poesías de Aleixandre, no dudáramos en pensar que aquello, aunque pretendía ser verso, era prosa. Cuando lo vemos en un libro de Aleixandre o de Alonso, ya dudamos: porque sabemos que ellos conocen perfectamente la métrica y son capaces de hacer apretadísimos sonetos y octavas reales; y porque en el fondo, percibimos, a pesar de todo, algún vagido rítmico en aquellas libertades...".

En cuanto a Bartolomé Mostaza, éste ha tratado de introducir y adaptar los ritmos externos a las variedades estróficas de la versificación grecolatina. Mostaza ha seguido en este no desdeñable intento la ruta de Cerducci en Italia y de Costa y Llobera en Mallorca. El ha probado el acoplamiento de versos de ritmo antagónico en la misma estrofa y en general, desdeña la rima, artificio impuro que tiende a de-

saparecer. Para ese momento él quiere abrir caminos nuevos o más bien olvidados por antiguos, los que trillaron los poetas más ilustres de Grecia y de Roma, aunque estos sentían y percibían el ritmo cuantitativo que hoy no percibimos en nuestros lenguajes romances...

Al hablar de formalismo, refiérome a la obsesión de pulimento, a las exigencias de perfección que a primera se advierten en toda la poesía española de hoy, lo mismo sea la que acude a las formas tradicionales que la que gusta del verso suelto y sin rima. Tal formalismo llega a dar la sensación de monotonía y de igualdad, de manera que no pocos poetas pudieran intercambiar las firmas sin que el lector se percatase. En su disertación sobre la poesía contemporánea, Pemán ha dicho: "Esta hora de la poesía es, por definición, alejandrina, es decir, sabia, erudita, y por tanto, cargada de reminiscencias varias y desacordes. Desde hace unos quince años, la poesía está en manos cultas y universitarias. La mitad de los poetas jóvenes en este tiempo han hecho oposición a cátedras de lengua y literatura". Y al enjuiciar la revista "Platero" de Cádiz, el mismo Pemán se expresaba así: "Ante todo, mi primera impresión es una cerrada impresión de disciplina. Bajo el aparente y variadísimo abandono de esta poesía nueva, rascando una nada, se advierte una enorme cantidad de técnica. Lo mismo da que la expresión de ella sea el verso trabajado y gongorino, estilo Ridruejo, o el verso desparramado y libre, estilo Aleixandre: en los dos hoy una absoluta contención de oficio, de sabiduría artesana".

Por publicidad poética entiendo el gusto por los certámenes, la proliferación de revistas y de colecciones de libros de poesías. A los certámenes acuden enjambres de aficionados y forman ya legión los favorecidos por el premio, por las pesetas contantes y sonantes, que no dejan de tener su aliciente y su misión en el reino amable de la poesía, que por espiritual que sea es también reino de este mundo...

Las colecciones poéticas crecen por año. En Barcelona han empezado dos: **Fe de vida**, en español, bajo la dirección de José María Castellet, y **Signe**, en catalán, que dirige Josep Romeu. La colección **Cantalapiedra** de Santander, publicó en 1956 tres volúmenes, uno de ellos "**Pido la paz y la palabra**" de Blas de Otero. La colección **Insula** publicó también tres libros de calidad, entre ellos **Los sueños**, del colombiano Cote Lamus. Mencionaré además las colecciones nuevas **Alcavarán**, que editan los hermanos Murciano en Arcos de la Frontera, **Lazarillo**, dirigida por Rafael Millán, que sale en Albacete; **Cuadernos de poesías Boscán**; la colección **Antonio Machado**, adjunta a la revista **Índice** y las tres que acreditan el fervor poético de la andaluza Málaga: **Ediciones Caracola**, **Cuadernos de Poesía**, y **A quien conmigo va**. Adrede figura en último lugar la veterana colección madrileña **Adonais** que pasa ya de los 150 volúmenes. **Adonais** debe su inicial impulso a Juan Guerrero "cónsul de la poesía" y a Rafael Morales; hoy prosigue bajo la dirección experta del poeta y crítico sesudo José Luis Cano, tan conocido de los lectores de **Insula**. Los volúmenes (cerca de 200) de esta colección, pueden corroborar el optimismo de los que ponderan el renacimiento de la poesía española, ya por la intrínseca valía y la auténtica inspiración de varios de estos tomitos, ya por la pareja dignidad que en todos ellos impera y por la riqueza de escuelas, estilos y

temperamentos que en colección tan rica es dado percibir. **Adonais**, nacida en 1943, da testimonio de su tiempo y ha sabido recoger el aldonazo espiritual de cada instante y la visión comprensiva de un mundo que zozobra entre la materia y el espíritu, entre la angustia, la alegría y el amor. **Adonais** es fiel al tiempo, al hombre y a la humanidad y de su contenido y su mensaje no podrá prescindir el futuro historiador de la poesía española. No concluiré sin mencionar **Agora**, que dirige la poetisa Concha Lagos y que sabe mantener su altísima calidad y su linda presentación.

En cuanto a revistas, imposible enumerarlas, por copiosas, por efímeras muchas de ellas. Sáinz de Robles opina que las tres principales fueron **Garcilaso**, **Entregas de poesías y Espadaña**, esta última fundada en León y representante del neorromanticismo en frente del neoclasicismo de los garcilasistas. A ellas podría sumarse la que hoy dirige en Madrid José García Nieto: **Poesía Española**.

Finalmente en varios cafés de Madrid y de grandes ciudades españolas y en el Teatro Lara estuvieron de moda las llamadas **Alforjas de la poesía** que alcanzaron varios ciclos y fueron agriamente discutidas. Las **Alforjas**, creación del poeta y dramaturgo Conrado Blanco, se tenían los domingos hacia el medio día. Pemán las llamó la misa mayor de doce de la poesía. En algún periódico de Madrid las censuraron como hechas para la versificación facilona, populachera y ripiosa. Y el crítico Pedro Barceló, concluía: "Sigán los poetas recitando sus poemas sentimentaloides o pintorescos; que siga, de todas formas, el público aplaudiendo hasta el histerismo; que siga, de todas formas, el Señor Blanco dándoselas de Mecenas. Pero que ni unos ni otros crean que están haciendo algo por la poesía. Y es que la poesía —la pobrecita— ha encontrado en las **Alforjas** el más triste de sus patíbulo...".

3º - Maestros y temas preferidos

De frente al panorama de la joven poesía española se advierte el influjo y el magisterio, a veces paladino, a veces latente, de los más poderosos vates hispánicos del siglo de oro y de nuestros tiempos. Entre los clásicos antiguos se llevan la palma Garcilaso, Quevedo y Lope y ya más tenuemente, Góngora. De los poetas de nuestro siglo parece ser que los más influyentes son Antonio Machado, Unamuno, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Dámaso Alonso y, como es de suponer, Juan Ramón Jiménez. El poeta José María Valverde ha reconocido con gratitud, su deuda para con los americanos César Vallejo, Pablo Neruda, y Gabriela Mistral. Otros pudieran hacer igual confesión.

Internándonos ahora en el corazón mismo de la poesía española contemporánea, encontramos, por lo que atañe a su espíritu y temario, el predominio de los temas siguientes: Dios, la muerte, la angustia, la preocupación social y el recuerdo de la infancia. Es decir, que prevalece casi siempre un tono dolorido y triste.

Diremos algo de lo social, lo angustiado y lo religioso.

Empiezo por manifestar mi inconformidad con esa denominación de poesía **social** que podría sugerir una determinada especie de literatura al servicio de la sociología o de la política. Gabriel Celaya nos dirá lo que él siente y practica como poesía social: "Si hoy día se habla tanto de poesía social es indudablemente porque la llamada cuestión social, en poesía como en cualquier otro orden de nuestra vida y sobre todo en el insoslayable y urgente del "qué debo hacer?", nos preocupa, remuerde y apremia a todos. Lo "social", término neutro y ya casi académico, no es en realidad más que un eufemismo para designar esa mezcla de indignación, asco y vergüenza que uno experimente ante la realidad en que vive. El poeta, como cualquier otro hombre de hoy, se encuentra inmerso en esa situación que clama al cielo y responde a ella —es poeta social— en la medida en que, por auténtico, desposa esa circunstancia y se hace cargo de ella con todas sus consecuencias. Lo social entra en nuestra poesía con la misma natural necesidad con que entraron en ella, tiempos atrás, el amor platónico o el sentimiento del paisaje. La poesía en sí no tiene porqué ser social en principio. Pero ocurre —es un hecho— que quienes "en verdad, en verdad" cantan, entrañándose, son poetas sociales casi sin querer, por necesidad íntima y no por obediencia a un programa, al margen de que sus temas sean o no propiamente sociales. Creo que el poeta es un hombre archiconsiente y entiendo, por tanto, que el dar voz y el hacer advenir así a la vida histórica a aquellas capas sociales que hasta hoy han sido poco menos que mera naturaleza, incumbe a su típica función de vate, adelantado o profeta. Pero entiéndase: lo importante no es hablar del pueblo, sino con el pueblo, en el pueblo y desde el pueblo. Cuando Juan Ramón se consagra a la "inmensa minoría" no solo acepta una situación real —que son pocos quienes se interesan por la poesía— sino que, además se complace en esa situación y solo sale de su torre de marfil para pasearse por un minúsculo jardincito que él mismo hace cada vez más preciosamente restringido. Cuando Blas de Otero clama, aunque clame en el desierto, habla para el hombre cualquiera, crea conciencia en el hombre cualquiera. Quienes por sequedad de corazón, por miedo a la santa realidad o simplemente porque su tiempo pasó pretenden crear poesía al margen de su circunstancia e invocan lo puro, lo bello o lo eterno, sacrifican a ídolos que —da risa decirlo— son estéticos...".

El poeta Ramón de Garcíasol opina que la poesía social más bien debiera llamarse poesía total y que es una forma moderna de la épica. Marcelo Arroita-Jáuregui matiza así su pensamiento: "Quizás como reacción a una generación lírica ha sucedido en España otra generación poética decidida a dejar constancia del tiempo y del espacio en su poesía. Existe una pura poesía lírica y otra no tan lírica y más impura, en el sentido de que en ella aparecen elementos cuya calificación lírica se está gestando. Pero en esta segunda hay poesía política, sociológica, puramente descriptiva, obrerista, suburbana y hasta una poesía cristiana —en el sentido de tensión de caridad e insistencia en el tema—, tan actual en el catolicismo de hoy, del cuerpo místico. Todas ellas pueden llamarse **poesías sociales**, pero uno no llamaría así sino a aquella que intenta, desde el hombre, religar al hombre con su contorno. For-

ma impura de la lírica? Momento decisivo de su evolución? Forma moderna de la épica? Y si fuera las tres cosas?... Creo que en algunos casos sea más poesía épica que otra cosa: así en la poesía política... En otros, quizás sea una confluencia de tono humilde entre lírica y épica. En otros, no es nada. Porque hay que decir que lo fundamental sigue siendo el que sea poesía...".

En España suelen citar como modelo de poetas descollantes en la vena social a Gabriel Celaya y a Rafael Morales, a éste particularmente por su libro **Canción sobre el asfalto** en que loa por ejemplo o canta a la encina derribada, al suburbio, a la última chaqueta, a los discos luminosos o al cubo de la basura.

Suburbio dice así:

De repente, en la noche, tres tímidas farolas
han puesto sus tres lunas temblando en las aceras,
tres limones de oro sobre las piedras solas,
heladas y redondas, igual que calaveras.

Aquí los vidrios rotos de olvidadas botellas,
que se agrupan en sucios, solitarios rincones,
se convierten en tiernas, derribadas estrellas,
en agrupadas, mansas, leves constelaciones.

Tristes membranas frías levanta el barco oscuro
que luego se derrumba con un leve gemido.
Tras su caída queda solo un silencio puro,
tendido en las aceras como un perro dormido.

Qué doloroso eres, viejo barrio nocturno,
sonoro de zapatos que arrastran su pobreza.
Desde tu frío asfalto, manchado y taciturno,
sube negra una ola de callada tristeza.

Y este es el Cántico doloroso al cubo de la basura:

Tu curva humilde, forma silenciosa,
le pone un triste anillo a la basura.
En tí se hizo redonda la ternura,
se hizo redonda, suave y dolorosa.

Cada cosa que encierras, cada cosa
tuvo esplendor, acaso hasta hermosura.
Aquí de una naranja se aventura
su deliciosa cinta, leve y rosa.

Aquí de una manzana, verde y fría,
un resto llora zumo delicado
entre un polvo que nubla su agonía.

Oh viejo cubo, sucio y resignado,
desde tu corazón la pena envía
el llanto de lo humilde y olvidado.

Hay que reconocer que en el mundo de hoy hay motivo más que suficiente para que aflore la poesía de la angustia. Lo que el mundo ha sufrido en los últimos años —guerras, asolamientos, fieros males—; la ebullición de una humanidad en crisis y la visión de un futuro cargado de presagios siniestros motivan y explican la intensificación de la poesía dolorida y amargada. Testimonios? Ahí está, por ejemplo, el libro “**Por tercera vez**” (colección **Adonais**) de Salvador Pérez Valiente, libro desgarrado y amargo, de un poeta que se siente solo, sin amor y sin ternura:

Mi corazón como un castigo,
tan solitario por la tierra!

Libro denso en donde a veces, en una sola línea, se aprietan un cúmulo de sensaciones:

Nadie sonrío, nadie quiere.
Porque pisamos sobre muertos,
un vendaval nos arrebató.
Dios nos contempla desde lejos...

Anteriormente, José Camón Aznar había publicado **El hombre en la tierra**, poesías escritas en Barcelona en 1938, es decir, en plena tragedia española. Léase su poema del hombre. Noche de incendios, noche de fusilamientos. El Padre Blajot, en la revista **Razón y Fe**, estima que la capacidad expresiva de Camón, la abultada plasticidad de su idioma imaginativo es tal vez impar en las letras hispanas de este momento. Después de un bombardeo, él dice:

En esquirlas de cuartos
cueigan piernas impares.

La guerra obliga a ocultar el propio nombre:

Librarse de este nombre
como de un reflector infatigable...

Y un fusilamiento queda descrito así:

Cinco áspides brotaron
del pecho de otros hombres terrosos
y los cinco mancebos se encogieron
como los dedos de una mano herida...

José Suárez Carreño, nacido de padres españoles en Méjico, e incorporado al quehacer literario de la España de hoy, canta por ejemplo, **Un muerto bajo la luna**, **El soldado y su muerte**, **El soldado solitario**, **Recuerdo de los muertos**, **Canción desesperada**... De tanto verso como inspiró la tragedia apocalíptica de España quizás los de Suárez Carreño son los más hondos y los más perdurables...

Angustia, muerte, sangre, son vocablos que sobreabundan en el lenguaje poético de estos últimos años. Por qué? Melchor Fernández Almagro, crítico literario de A.B.C. escribía no hace mucho a propósito de un libro de versos de Marcelo Arroita-Jáuregui: “No es de las pa-

radojas menos desconcertantes del tiempo actual ésta que descubrimos en la poesía joven: angustia extrema en el verso; alegría, despreocupación, dinamismo en la vida cotidiana. Cabría explicar tan raro fenómeno por falta de sinceridad? No se puede en modo alguno desconocer la recuperación del espíritu religioso, moral y patriótico que se acusa en las promociones juveniles posteriores a nuestra guerra. Y sin embargo, en el mundo de la poesía, todo es sombra y depresión. Bien es verdad que de tales características participa la lírica de cualquier tiempo y lugar. Pero concédasenos que hemos llegado, en tesis general, a un amaneramiento por encima de lo previsto normal”.

Y el poeta Ramón de Garcíasol, en reseña escrita en la revista **Insula**, le pide a Nabor Vásquez que se desprenda de ese dolor inventado y falso... Parte de él quizás se deba al regreso de esa eterna constante literaria que es el romanticismo.

Ricardo Blasco, en la declaración previa a su libro **Nocturnas**, confiesa preferir la poesía de lo espontáneo, de lo humano, como desahogo de una carga interior que pugna por salir. Su poesía se halla inserta en un orden claramente romántico. Es poesía de grandes temas obsesivos, la muerte delante de todos, y luego el dolor, la noche, la rabia, la ira... Hay siempre un grito contra algo o contra alguien... Dios, quizás?

Quién puso guerras, odio, ira, violencia,
acíbar, pena, furia, rebeldía,
en mi cuerpo de amor? Quién abrió un día
mi pecho al mal, mi vida a la tormenta?

Pero junto con el encrespamiento romántico, la contención de lenguaje, la domada superficie, la elegancia claramente moderna y aciertos de expresión, tan magníficos como éste:

Te besé río, te encontré ribera...

Hay finalmente en la poesía española contemporánea una fuerte dosis de religiosidad. Y nótese que no hablo de poesía católica o cristiana.

El sentimiento religioso anduvo a la verdad bastante lejano de la poesía inmediatamente anterior a la contienda española. En la promoción del año veinte sólo Gerardo Diego declaró paladinamente su catolicismo militante. En los demás del grupo, aún entre los que ahora gritan y blasfeman en el exilio, hubo ciertos asomos infrecuentes de la nota religiosa. Así en Lorca, Guillén, Alberti y Miguel Hernández, el cual comenzó cantando aquella fe que vino a recobrar, después de dolorosas travesías, a la hora de la muerte.

La generación posterior, la de Rosales, Vivanco, Panero y Rídruejo y la subsiguiente de Valverde y Bousño entra de lleno en el mundo de una poesía orientada por la estrella de Cristo. A todo ello viene a sumarse la irrupción de los clérigos y de los religiosos jóvenes en el campo de la poesía de vanguardia, sin que recelen de temas y de

formas, sin que retrocedan ante las exigencias y novedades de la estética del día. Ahí están **Elica**, revista poética de los Padres Carmelitas, y **Angelus** y **Uriel** de los Padres Claretianos, entre muchas otras de óptima calidad.

Con los nombres de muerte, angustia y sangre, el nombre de Dios no se cae de la boca de todos los españoles que hoy poetizan, tratado con más o menos reverencia, hasta el punto de hacer temer que sea uno de tantos recursos de que muchos poetas se valen, quién sabe con cuánta veracidad y autenticidad.

Para que este repaso lírico, elaborado hace ya unos años, quede al día, apuntaré los caracteres poéticos que configuran el hacer de los novísimos versificadores de España. Los sintetiza en "Arriba" (11 de julio de 1965) el poeta y crítico Rafael Morales al enjuiciar "El mar es una tarde con campanas" de Antonio Hernández. Cuáles son las afinidades de los poetas jóvenes? "Entre los más destacados, aparte de que no se alejan del neohumanismo actual, se pueden observar las siguientes: una preocupación por romper con el prosaísmo que cultivan algunos poetas de las décadas del 40 y del 50; una vuelta a la imagen, a la metáfora y al símbolo en su función auxiliar, sin darles la primacía o hacerlos puro fin poético o juego preciosista, como corresponde a la belleza como medio expresivo y no como fin absoluto del poema; una atención al intimismo y a lo afectivo proyectado sobre toda clase de seres; un esbozo de narrativismo anecdótico; una preocupación por la claridad de los conceptos, tendencia a la monotonía, y, por último, cultivo de una expresión sencilla, pero bella, que se aparta de la "naturalidad" realista o de la retórica conversacional y pobre de recursos de algunos poetas anteriores".

Luis López Anglada, militar y poeta como Garcilaso, acaba de publicar en Madrid, su "**Panorama poético español**" (1936-1964) que incluye poetas nacidos en 1944. Su tarea de antologista y de crítico le permite preguntarse: "Está viviendo España un nuevo Siglo de Oro de la poesía lírica? No entramos en esta cuestión para la que, creemos, falta perspectiva histórica. Lo que sí afirmamos es que después de 1939 han surgido en España poetas de altísima categoría y que, además de ellos, la calidad media conseguida por un enorme número de poetas ha sido pocas veces superada en nuestra patria".